

Cuenta la leyenda que una noche fría de enero, los paisanos del pueblo de Acebo se resguardaban en sus casas a la luz de la lumbri y el pucheritu de barro, que calmaba el hambre y la pesadumbre que ensordecía las calles.

Los dagalitus de la casa comían una borda de pan, untada en el moju de patatas, aquel sabor era gloria bendita.

La lumbri envolvía de magia y misterio las paredes del hogar, su calor era hipnótico.

La biruji helaba los rincones. Los mininos arrecius y amochaus en las tenás, barruntaban algo extraño.

Un tintineo se hacía eco con su música. Los habitantes estremecidos por ese perturbador sonido se asomaban a la ventana, chismerus y expectantes.

Se alcanzaba ver la figura de una sábana que portaba un candil de aceite. Más, según pasaba, no quedaba rastro ni sombra alguna.

En la cotorina de la iglesia graznaba un cuervo negro y espeluznante, presentía un mal augurio.

La inquietante melodía llegó a su máximo apogeo y de repente cesó. Sentí un escalofrío que heló mi alma, temblando muerta de canguelu abrí la puerta y vi la fantasmagórica imagen de la muerte ensabaná, dispuesta a llevarme al inframundo con ella. ¡Corderu Benditu!